

## F Á T I M A

### 1

Fátima se graduó de medicina y se especializó en neurología. Fue una buena estudiante y también una excelente profesional: todo lo que puede esperar el Sistema Universitario Español de un estudiante de medicina; aunque la mayoría de las veces la idea modelo se retuerza por el camino. Pasó el MIR en un hospital de A Coruña prácticamente de vacaciones, sin despeinarse. Aprobó el examen con nota por encima de la media rascándose el ombligo y, en poco tiempo, se hizo prácticamente imprescindible. Nació con talento. Si ser buen médico exige determinado talento, Fátima lo tenía. Un talento de los que no se enseñan en ninguna parte porque los que lo tienen solo saben usarlo y carecen del talento de enseñarlo y de otros tantos talentos.

Los médicos son los peores pacientes. Eso dicen. Probablemente sea por el conocimiento. La ignorancia a veces es positiva, al menos para ser feliz. Pero saber duele. Un lunar nuevo en una cara, para un lego, es simplemente un cambio de pigmentación en determinada zona de la piel pero, para un

experto, para un especialista, puede ser la diferencia entre la tranquilidad y la desesperación, puede ser el indicio de una prolongada secuela trágica. Lo observará con detalle, no le perderá pie ni pisada, lo consultará con el amigo especialista de turno. Lo vigilará más de cerca que a su sombra. Le quitará el sueño. Lo someterá a las pruebas más sofisticadas para descartar cualquier falsa alarma. No tiene ni siquiera que pedir cita. Para eso es médico. Se las repetirán las veces que haga falta. Se asegurará del diagnóstico lo mejor que puedan. Ser médico tiene sus ventajas, si se es hipocondríaco más. Es como ser una planta en un ecosistema de depredadores carnívoros.

Fátima, que vivió una infancia privilegiada en un país árabe donde sus padres ejercían de diplomáticos; Fátima, que probó los más exquisitos y exóticos manjares de las más despiadadas noblezas; Fátima, que en árabe significa Única y pudiera parecer mora, que debe su nombre a la Virgen de Fátima, Nuestra Señora del Rosario de Fátima, una advocación con que se venera en el catolicismo a la Virgen María; Fátima, que hablaba seis idiomas prácticamente sin acento, que tuvo institutriz en pleno siglo XX, que tuvo chofer, médico, cocinera, jardinero, criada, y todo tipo de auxiliares domésticos, hasta que decidió ser médico, resultó ser una mujer excepcional. Después, y a pesar de su abolengo, también. Se adaptó a ser una más de un servicio público para gente que apenas hablaba un solo idioma, no tenía coche y jamás había puesto un pie en un restaurante que no fuera de comida rápida. Por si fuera poco, Fátima era culta, refinada y agradable. Tocaba el piano y era adicta a la ópera. No le faltaron pretendientes, ni en España, ni en el extranjero. Hizo exactamente lo que quiso, como quiso, cuanto quiso y cuando quiso durante toda su vida.

Todo fue perfecto, absolutamente ideal, hasta el día que sintió un extraño cosquilleo en la punta de los dedos de la mano izquierda. Ese día hizo lo que hacía cualquier médico que se precie. Primero se auto diagnosticó. No le gustó demasiado el resultado, más bien le inquietó. Así que acudió a un colega. Su colega le confirmó que no era un simple caso de hipocondría. También le dijo que requería cirugía y otras cosas que no deseaba, ni necesitaba oír, que ya sabía. Era necesario llegar a la base del cerebro desde el cuello. Ambos diagnósticos coincidieron con puntos y comas. Fátima sintió escalofríos por todo el cuerpo, se horrorizó y pasó directamente al nivel más alto de autoridad en la materia: al director de cirugía neurológica. Éste confirmó lo competente que habían sido ella y su colega como médicos y se ofreció a intervenirla.

La lista de espera era de casi un año; pero Fátima es médico y puede disfrutar, en el sistema público de salud, de algunos privilegios. La operación era delicada, pero necesaria. Era algo que tenían que extirpar si no quería peores consecuencias. La zona del cuello es crítica. Por ahí circulan venas, arterias y nervios, desde los más gruesos hasta los más delgados, de la cabeza al cuerpo, y viceversa. Se puede decir que el cuello es la frontera de entre lo que nos distingue del resto de los animales y de lo que no. Visto desde el desconocimiento, el cuello es un tubo gordo por donde pasa todo tipo de tubitos finos, lo que conecta una cosa con otra, un puente. El cuello es la cadena de transmisión entre ser y estar. Quizá eso justifique que haya sido un médico, Joseph Ignace Guillotin, y no un militar o un ingeniero, el padre del invento infernal de la Revolución: la guillotina.

Fátima puso su cuello debajo del bisturí del mejor especialista, del jefe de los jefes, del más experimentado, de la envidia de cualquier neurólogo que supiera de autoridades haciendo uso de la prebenda de ser médico. De no serlo le hubiera tocado, quizá, ella misma, o su colega, o cualquier recién graduado pero podía elegir. Eligió. Y la cagó.

Las cosas son así. Tampoco se puede culpar a nadie. El súper médico no le contó de los riesgos de la intervención porque ella ya los sabía. No le hizo firmar ningún papel o auto de responsabilidad porque se daba por hecho que todo iba a salir muy bien. Eran colegas. Era el mejor. Y, en realidad, no salió tan mal. Pudo extirpar lo que era objeto de la operación; eso que le producía el incómodo cosquilleo y que podía ir a peor. Pero al hacerse lugar para llegar hasta ahí, el bisturí seccionó un pequeño nervio, un ridículo cable de entre los cientos que porta la médula espinal, que cortó parte de la comunicación de la cabeza con el cuerpo. Fátima quedó parapléjica, inválida. La lesión medular paralizó la parte inferior de su cuerpo. Le privó de toda funcionalidad. El error le condenó a pasar el resto de su vida en una silla de ruedas. El bisturí es una especie de guillotina defectuosa.

Estuvo de baja mucho más tiempo del que habitualmente disfrutaban los que sufren esta discapacidad. Fátima, incluso en su desgracia, seguía siendo una privilegiada. Si no fuera de tan mal gusto, se podría decir que nació de pie. Padecía impotencia parcial de la función genital y un nivel bajo de incontinencia urinaria y fecal. Era algo que podía resolver aunque su cabeza fue la que llevó la peor parte. Es difícil acostumbrarse a la idea de no mover los pies nunca más, a tener piernas de adorno. Su cuerpo se disminuyó y su cabeza se revolucionó. Las órdenes seguían bajando pero no eran ejecutadas, eran ignoradas, como en la más absoluta anarquía.

Durante un tiempo lo más simple parecía una tarea titánica. Cuánto no hubiera dado simplemente por servirse el agua ella misma del refrigerador a pesar de tener asistenta. Cuánto hubiera agradecido sembrar y regar ella misma las flores de su jardín a pesar de tener jardinero. Cuánto quería conducir su

propio coche a pesar de tener chofer. Tuvo que aprender de nuevo todo lo que suponía que sabía, lo que había aprendido a hacer ella sola, lo que no les costó el más mínimo esfuerzo. Era difícil. Mucho más difícil que ser médico.

Fátima se estaba apagando y sus colegas del hospital se plantearon hacer algo por ella. Así que, ya que estaba de moda, organizaron un viaje organizado a Cuba. No podría bailar. No cayeron en ese detalle. Pero al menos se iba lejos, a un lugar que parecía otro planeta, donde la gente bailaba incluso sin tener pies, las playas eran escandalosamente azules, siempre hacía sol y todo parecía risa y felicidad.

Ya en el aeropuerto presentían la intensidad de la aventura. Había muchos cubanos y cubanas con bultos imposibles, gente tratando de colarles sobrepeso para un familiar en la Habana, y mucho jaleo. –Me puede llevar este bultico –oyó pedir en la cola a un tipo con un mochila a punto de reventar envuelta en un plástico amarillo. –Si claro –le respondió el gallego– y, ya de paso, si quieres, me puedes dar también un poquito por el culo –le cortó con un sarcasmo que al otro le costó entender. La terminal estaba petada, hacía calor a pesar del aire acondicionado y la comitiva galena seguía feliz y entusiasmada, a pesar de todo. Se veían bultos por todas partes, se escuchan miles de conversaciones, se sentía la transpiración del vecino. Se palpaba expectación, cabreo, decepción, desesperación. Las terminales son así. Son como agujeros negros donde confluyen flujos desconocidos, extraños, con un objetivo común: seguir.

Fátima reconoció que no era la única tullida. Nunca se está lo suficientemente solo en este mundo. En particular un hombre de mediana edad, regordete y rosado vino hacia ella arrastrando su pierna izquierda deforme y atrofiada. Poliomiélitis, diagnosticó. Pero eso daba igual. –José –se presentó y, en medio de tanto barullo y espera, le regaló su

historia después de una extravagante y aburrida conversación entre desconocidos. Viajaba a Cuba de incógnito. Había puesto dos veces el dinero necesario para que su mujer, una cubana llamada Úrsula, viajara a España pero nada de nada. No sabía que pasaba. Estaba harto y quería averiguarlo presentándose de improviso. Le enseñó una foto de su amada. Era un chica guapísima, morena de piel, jovencísima, de un cuerpo monumental, que podía ser perfectamente su hija si no fuera por lo feo que era. Fátima sintió náuseas así que se alejó de él en cuanto pudo. En el viaje más estafalario que jamás había ni siquiera imaginado Fátima aterrizó en el Aeropuerto Internacional José Martí, la subieron entre varios en un autobús sin aire acondicionado y llegó al Habana Libre, en pleno corazón de La Rampa.

No se pudo remojar en Varadero. No pudo bañarse en la piscina del hotel. No pudo acercarse a los cocodrilos en la Ciénaga de Zapata. No pudo explorar las Cuevas de Bellamar. No pudo ni siquiera hacer el viaje en barca por las cuevas del Valle de Viñales. Pero sí pudo beber mojitos y daiquiris para sofocar el inimaginable calor del caribe y, desde su silla particular, contemplar los bailes en el Salón Rojo del Capri de los cuerpos más hermosos y gráciles que sus ojos hayan visto. Fue ahí donde conoció a Lorenzo. No le hizo falta acercarse a Tropicana.

Lorenzo era como un príncipe africano que se movía como una pantera en su jaula. Él se acercó a su mesa en plena coreografía y le dedicó unos meneos que Fátima recibió perpleja. En su vida había visto cosa igual, ni en películas. Aquel ser era la única persona desde que salió de aquel salón de operaciones con la cabeza separada del cuerpo que tenía alguna intención extra laboral y la única persona desde que

nació que tenía sentido del ritmo. Después del *show*, cuando se quitó su estrafalario traje de colores, brillos y plumas, el denso maquillaje y el sudor, Lorenzo regresó a la mesa a rematar la faena. Todos los médicos y médicas, doctores y doctoras, se meneaban por imitación como podían en la pista, como vacas sin cencerro, pero Fátima seguía allí: mirando y bebiendo, lo mejor que podía hacer. Lorenzo la sacó a bailar. No fue capaz de distinguir las sillas rojas del cabaret de aquella silla negra con ruedas donde se encontraba postrada. Fátima lo insultó: – No ves que no puedo pedazo de imbécil –y la palabra «imbécil» brotó como la mierda de un elefante en apuros. Él se ofendió. Con el orgullo de un cubano no se juega, mucho menos si la ofensa va de una hembra a un macho. Así que sacó todas sus armas y le disparó a quemarropa. Tuvieron una conversación tan inverosímil como penosa. Al final, cuando el silencio parecía una escoba a punto de barrer el desastre, cuando ya estaba dispuesto a darse la vuelta con el rabo entre las piernas, Fátima le agarró la mano y cometió el peor error de su vida. Se disculpó. Lorenzo tomó nota de su vulnerabilidad. Se sentó y empezaron otra conversación que, de no ser por el alcohol del Havana 5 años, hubiera sido imposible. Lorenzo preguntaba y preguntaba y piropeaba y dedicaba sus mejores sonrisas. Fátima, que no era bella ni fea, ni alta ni baja, le respondía con onomatopeyas y palabras cortantes, ásperas, secas, rozando lo desagradable y la mala educación, pero aguantando el tirón. Lorenzo no hizo caso. Estaba entrenado. Sabía cuáles eran sus fortalezas y debilidades. Insistió con sus alabanzas a la belleza de Fátima. Sus ojos claros y profundos. Su pelo suave, negro y espeso. Su sonrisa perfecta. Su delicada nariz aguileña. Todo sonaba falso pero bonito y gustaba. A veces las mentiras agradan cuando coinciden con lo que gustaría oír aunque se tenga plena certeza de su falsedad. A pesar de todo, Fátima se rindió. Otras habrían aguantado más. Lorenzo estaba preparado pero no hizo falta. Cayó en el tercer o cuarto *round* por *nocaut* técnico.

Lorenzo se convirtió en su lazarillo particular. Aquel primer encuentro fue como ganar una oposición a una plaza prohibitiva, exclusiva, elitista. Una pelea de león y mono, con mono amarrado. Los demás del grupo estaban encantados con el espontáneo guía. ¡Era tan gracioso y descarado! ¡Qué fauna tan exótica! Lorenzo los llevó a lugares “prohibidos” para que vieran toques de santos y brujerías desde la primera fila. Sabía que el folclore nunca fallaba. Fátima se negó rotundamente a que le curaran su parálisis, pero disfrutó de aquellos rituales donde todos bebían, fumaban y bailaban como posesos ritmos salvajes tántricos. Los llevó a lugares “mágicos” fuera de los circuitos del turismo. Les enseñó lugares más “folclóricos”, si eso fuera posible. Los metió en solares, que otrora fueran mansiones de lujo con suelos y balaustradas de mármol y puntales infinitos, a punto del derrumbe. A peleas de gallos y de hombres. A calas inimaginables, reservadas, donde podían cazar las langostas ellos mismos. A bosques y jardines naturales impresionantes y exóticos. A bohíos de palma y guano donde les cocinaron malanga, yuca, boniato, puerco y frijoles con brasas. El equipo galeno ibérico estaba encantado. Fátima cedió. Sin darse cuenta, imperceptiblemente, Lorenzo se metió en su vida, en su habitación, en su cama, en su boca, en su vulva y le arrancó más de una sonrisa y satisfacción de esas que ya había olvidado.

## L O R E N Z O

### 2

La habitación es pequeña, húmeda, grasienta. El reguero de ropa en el suelo entre restos de comida y latas de cerveza revela prisa, dejadez, mugre. Las sábanas empapadas, arrastradas con fuerza, apenas cubren el colchón. Las manchas de una y otra vez se oscurecen y expanden con la presión de los cuerpos masculinos encima. El sudor se abre paso entre jadeos cada vez más fuertes. El negro está debajo. Es fuerte. Sus músculos se tensan en cada movimiento, las uñas arañan lo que pueden, su cara se desfigura de gozo, sus ojos se pierden. Un blanco grande, corpulento, con músculos de muchas horas de pesas, se hunde una y otra vez entre sus fibrosas nalgas de bailarín. Esta a punto de venirse y espera un poco. –No, sigue, sigue, no pares maricón, sigue –le grita el negro encajando sus uñas en los resbaladizos glúteos intentando, en vano, asirse de ellos. Ya no puede más, un movimiento más y un chorro de semen inunda el intestino grueso. El también se viene en una isla pálida, gelatinosa, bajo su abdomen. Sus ojos en blanco se cierran de golpe.

Los cuerpos están completamente sudados, sucios. Después de unos segundos eternos, el negro se sacude suavemente pidiendo respirar y el blanco se desploma a su lado. –¿Y el preservativo? –se asusta Lorenzo al verle de reojo la pinga larguilucha y flácida embadurnada de mierda. –¡Me cago en Dios! –dice buceando con los dedos en el culo hasta dar con él después de varios y retorcidos intentos. Está vacío–. ¡Te has venido dentro hijo de puta! Tú procura no enfermarme con nada porque te mato. Te juro que te mato –pero está tan cansado que sus amenazas se pierden en la cochambre.

La habitación está cargada, huele agrio y rancio, les falla el aliento pero no es posible abrir la ventana. Se clausuró mucho tiempo atrás para evitar la curiosidad del solar, cuando Lorenzo empezó a bailar en el cabaret del Capri y todo empezó a ir mejor. Era un negro bello, sin una gota de grasa, sin edad, con movimientos de gacela y facciones de hembra, de labios gruesos, carnosos y piel tersa y dura. Era un negro descarado, atrevido, insolente.

El blanco, un alemán tatuado hasta los dientes, apenas habla español. Abre una lata de cerveza que ofrece por señas y Lorenzo casi la bebe entera de un solo trago. Luego la pasa suavemente por su pecho lampiño para aliviar el calor. La excitación del blanco crece de nuevo y se sienta a su lado. Rodea con su brazo de gárgolas y sirenas su pequeña cintura pero Lorenzo lo aparta con suavidad. –No Ron, no. Yo estoy comprometido sabes, com-pro-me-ti-do. Estoy casado. Casado sí, con una gaita –Hace señas de llevar un anillo en anular y el otro sonríe–. Lávate ese colgajo anda –pero Ron no entiende y sigue sentado sonriendo quizá sin comprender la desfachatez de Lorenzo; simplemente por la gracia de sus gestos y de su acento–. Te doy la mano y te quieres coger el brazo, y encima la tienes tan flaca que... pa' qué.

Lorenzo tiene que llamar a Fátima. Otra vez se ha quedado sin blanca. «Es que tengo muchos gastos», se justifica a sí mismo, pero es un mano rota. Vive por encima de sus posibilidades y de las de Fátima, su esposa tullida, y de las de cualquiera que le quede al alcance. Hace apenas una semana que se fue. Hace apenas siete días que es un hombre casado, pero para él es como una especie de ejercicio social. Jamás ha tenido ni siquiera curiosidad por irse a ninguna parte. Él nació en un solar. Él vive en la mierda, como los cerdos, es lo único que conoce. Todo el mundo, en su mundo, mea, caga, singa, duerme y come sin intimidad. No son familia. En el solar ni los hermanos son familia. Al contrario, son enemigos prisioneros de ellos mismo, voluntariamente. Dependientes de una ruina sin la que no sabrían qué hacer. Él es una serpiente pitón en medio de esta jauría. Él es un luchador, un guerrero. «¿Para qué cojones quiere Fátima que me vaya a pasar frío?». Tiene algunas gestiones que hacer. El papeleo necesario para reunirse con ella en España. Pero el dinero no alcanza. – Cojones, que agarrada es esta gaita. Me manda el billete justo y una tiene sus gastos –Pasa el tiempo que para él no pasa. Para Lorenzo la vida es gozar. Una gozadera eterna entre un cuerpo y otro. El buen gozador no goza todos los días, sino que empieza a gozar un día y mantiene la gozadera hasta entonces. Es como el alcohólico que empezó a beber y ya no sabe parar. Para él la vida es loca. No puede perdersela. Él es loca, desenfrenada, intensa. Pero Fátima le aprieta según pasa el tiempo y no recibe las noticias que espera; las noticias normales, comunes y corrientes que debería esperar.

Fátima le ha dado un ultimátum. Lorenzo ha protestado: – ¿Tú te crees que yo soy tu perrito? Yo soy negro, pero la esclavitud ya se acabó. No me puedes tratar así. –Pero Fátima ya ha cumplido con su parte y está furiosa. Jamás había imaginado tanta jeta, descaro, desfachatez, atrevimiento,

desvergüenza, frescura, insolencia, desparpajo, osadía. Jamás en todo el mundo conocido y recorrido había visto ser igual. – No hay más dinero –le dijo con la misma firmeza y sonoridad que «pedazo de imbécil» y la palabra «no» sonó como si toda la mierda de todos los elefantes en apuros le hubiese caído encima–. Con este dinero que te mandé Lorenzo, te sobra. Te tiene que sobrar. Es el último. Si no resuelves todo y no vienes... te corto el agua y la luz. Te lo juro por mis muertos.

Las gaitas cuando juran por sus muertos son muy peligrosas y Fátima tenía un regimiento de oscuridad. Está osorbo, osorbo. Tenía un regimiento de quemados, fusilados, defenestrados, ahorcados, que podían ser las caricias del suicida más retorcido. La venganza estaba servida en bandeja de plata. A regañadientes, Lorenzo hizo lo que tenía que hacer; lo que se había comprometido con la bamba chiquita. Incluso tuvo que robar a una argentino unos dólares, bailar perchero por otros y estafar a medio solar para salvar el importe del billete. Lorenzo quemó todas las naves, los botes y los salvavidas. Fátima le envió mucho más que todo eso junto pero él, el bolsillo roto, pozo sin fondo, garganta infinita, se lo fundió. Fátima ya no le cree. Casi no puede ya ni oírle. No puede estirar más la cuerda siempre a punto de ahorcarle. Pero Lorenzo decide salvarse la vida, por ahora.

Lorenzo se vistió con sus mejores galas, se perfumó y entalcó (por si acaso, nunca se sabe), y partió al aeropuerto con su pequeña maleta. Aquello era un hervidero de gente para aquí y para allá. Familias despidiendo. Gente yéndose. Todos llorando. Suspirando. Muchas emociones juntas. Algunos van, otros vuelven. Los que van no saben si volverán; muchos ni siquiera saben adónde van. Los que vuelven no saben lo que van a encontrar. Vienen cargados. Van vacíos.

La colas son larguísimas. A pesar de los pocos vuelos del aeropuerto internacional "José Martí", las colas siempre son larguísimas, como en la calle. En Cuba nadie tiene prisa. Aduana, Emigración, menos. Todas las caras y los bultos son escudriñados con sumo cuidado. Todos son sospechosos de algo. Todos los pasaportes son exquisitamente revisados. Lorenzo le pide el turno a un tipo muy puesto con un *jean* blanco marca Levis y unas gafas de policía Ray Ban Aviator. Hablan. Los dos viajan por primera vez a España. El tipo es el marido de una famosa. Lorenzo se entera que ser famoso es un oficio en España, de los mejores remunerados. Pero él tiene que seguir a Galicia. ¿Será otro país?

Orlando marca un buen paquete. Parece un chorizo enorme; pero eso se trae, no se lleva. ¿O es al revés? Los dos se declaran bisexuales sin preámbulos; como quien dice «me gusta la fresa» y el otro responde: «pues a mí el chocolate». Les entran ganas. Se rozan mientras avanza la cola. Por fin despachan el equipaje. Quedan en los baños. Están en territorio cubano. Tienen que tener cuidado, el calentón puede costarles la ruina, quedarse en tierra para siempre, pero la que vela por el papel higiénico en la puerta y recoge moneditas que no valen nada, no está. Ha ido a mear o a luchar un chicle. Se meten sin que los vean en un cubículo vacío. Lorenzo se baja los pantalones con prisa. Lubrica su culo con saliva. No tiene nada mejor a mano y no pueden hacer ruido. Orlando saca la enorme verga. Lo encula por detrás y se mueve rápido. Lorenzo pone los ojos en blanco. Le falta la respiración. Jamás había sentido tanta tirantez. Los dos se vienen. Lorenzo dibuja un cuadro abstracto en la pared: blanco sobre blanco. Orlando descarga un chorro de semen en aquel agujero extra elástico. Apenas pueden respirar. Hacer todos los ruidos para dentro, sin que suene afuera, es muy difícil. Exige el entrenamiento de los deportistas de élite. Los corazones están a punto de estallar.

La cabeza retumba. Solo tienen que esperar el momento oportuno para salir sin que los vean. ¡Al fin! Orlando hace como que se lava las manos y humedece el pelo. Lorenzo se seca la abundante leche con papel higiénico. Se deja un trozo a modo de compresa. Se arregla un poco el desorden y sale a enjuagarse la cara en el lavamanos de al lado.

–Mucho gusto –le dice sonriendo–. Mi nombre es Lorenzo.

–Orlando –responde con la misma picardía–. Para servirle.

Luego salen a pasar el control de emigración. El avión sale en un hora. Aún les queda tiempo de beber una cerveza dentro, si alguno de los dos lleva más de un par de dólares encima.